

El ser que se dispersa

Esa forma de irnos alejando, de Isabel Quiñónez, Ficción, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1989, 78 pp.

Posiblemente la raíz del impulso poético (el porqué o para qué se escribe poesía) reside en algo bastante simple, que tiene que ver más con una necesidad íntima y casi física que con la voluntad de crear artefactos bellos o profundos: arte. Se escribe para calmarse, para aliviar daños y tensiones del cuerpo y el pensamiento, desechar la parálisis, poner la sensualidad otra vez en movimiento.

En su origen —y en su destino final— la poesía es canto; una forma de entonar con la palabra alabanzas y lamentos. Una celebración irresistible. El blues, el cante jondo, las baladas del alma rusa, son lamentaciones que conducen al baile por desahogo, y a la fiesta, como si contradijeran su naturaleza.

La muerte pasa por tema estelar de la poesía mexicana. De ahí su fuerte cauce nostálgico, sombrío, lunar. O bien el lamento por sí mismo, derrotado, que sólo reza; o bien el juego por susto y conjuro: las calaveras novembrinas, el irse al diablo con la putilla del rubor helado, las suertes radicales en los toros y los gallos, el albur de las cananas como crucifijo.

Curiosamente, una de las salidas predilectas del lamento funerario no se da en la poesía mexicana, pues en ella la sobrevivencia como asunto no existe. La Llorona zapoteca no piensa en su vida, sino en sus muertos; existe sólo en función del llanto, no celebra ni canta el blues, no tiene el alma negra, sino mestiza, traslúcida, sombría.

Al parecer, Isabel Quiñónez inaugura en nuestra poesía la celebración, no de la vida, sino de los

vivos sobre la muerte. *Esa forma de irnos alejando* recupera al ser perdido demoliéndolo. La destrucción como alta experiencia del amor.

El poema arranca en los pasillos del aura mortuoria, reducto de los últimos recuerdos. Entonces, "a toda plenitud llega el mal tiempo". También presenciamos en este arranque la despedida de cierto tipo de poesía en Quiñónez (el que alienta *Alguien maúlla*, FCE, 1985, su libro anterior); esa que brotaba turbia de los pasillos y los patios, la opresión y el desamparo infantiles: "Duerme sin sonar, no salgas de tu sueño". Desaparece la luz y lo que sigue es una fractura del pensamiento y sus palabras:

Una mañana de automóviles
tu cuerpo adentro de tu cuerpo
tu voz dormida adentro de tu cuerpo
en el silencio
el límite impalpable de la lluvia
todo el sonido afuera
y a pesar
diciendo suave tu última sonrisa
aún la tibieza de tu piel oyéndome
pero también irse delgada
hacia ese entonces
más allá de los minutos
hacia ayer ya siempre

el límite el silencio

Se lamenta lo lamentable y también el duelo que provoca ("Entré en la cofradía de las noches/donde uno se encierra para desear a sus amados"); conserva una certidumbre del futuro ("¿qué seremos cuando pase esto?"). Los adioses ganan permanencia ("lo que quema es el destiempo,/ que tú te hayas ido y yo permanezca"). Siguen la lejanía, la rearticulación de la memoria, las pisadas de los perros "que aúllan, no creen en lo que está más allá de lo que pisan". La memoria como el verdadero acto de entrega, dispersión congregadora, sensualidad que se perfecciona en la distancia, la posibilidad exclusivamente poética de que a los potros un oleaje azul esponje sus crines. Aceptación que conduce a la ternura:

los espectros son animales buenos,
juegan a desordenar el silencio de los
[inocentes,

El reposo como un alivio, un camino que no termina, una luz que se filtra por debajo de la siguiente puerta: intemperie feraz y absoluta, seiva del ser que se dispersa: "Aunque un deseo de siesta ciegue a las palmeras, sus fru-

tos,/ya sin carne, abiertos, se resecan; rojos tulipanes oyen ese crujir como una angustia ajena. Los árboles de mango se esparcen en silencio, son una sombra colmada, indiferente. Las cortezas, los márgenes tostados de las hojas. Una explosión de insectos./Arbustos hinchados de parásitos".

Recuento de una destrucción que no cesa allí donde recomienza la vida. Ya en *Alguien maúlla* Quiñónez descubría: "el vacío está lleno de sentido". Ahora la experiencia confirma la sed sobreviviente:

Alabado aquel que destruyó el ansia
[de su boca y así su hambre
su infatigable necesidad de
[movimientos y su búsqueda de otros
Feliz ahora esta vacía semejanza

Todo lamento, como toda celebración, causan honorarios poéticos, "pero lo muerto no detiene al que transita... cada año el mundo se derrumba". Al así-es-la-muerte se opone un así-es-la-vida de "vasos colmados de materia", con su comprensible sabor gorosticiano en el pudridero de la semilla.

La escritura cumple su función tranquilizadora. Permite regresar de la sombra con sabiduría en descomposiciones sin fin, gozosas:

Mírame alimentarme,
no, religiosa de tu carne,
sino de quesos deliciosamente
[agusanados.
Mi memoria se añodilla
ante el viscoso amor por la alegría.

La forma poética de *Esa forma de irnos alejando* se da en la palma del puño abierto; la duración sobrevuela fatalidades, crispaciones y penas. La voluntad no se había ido, sólo se abandonó un tiempo en el vacío, y al cabo de su inmersión regresa. Cualquier locura dispersante propicia la simple, apacible alegría de los muertos que se niegan a morir y nos ayudan. ■

Hermann Bellinghausen

